

V. La Plenitud del Espíritu

Nada necesita más la Iglesia de nuestros días que ser llena del Espíritu de Dios. Tal plenitud es la más importante clave para la vida cristiana victoriosa y para un testimonio radiante. Mientras el neopentecostalismo se limita a subrayar con énfasis y urgencia la importancia de la plenitud del Espíritu, estamos de acuerdo y agradecidos.

Hemos visto, no obstante, que la doctrina neopentecostal sobre el bautismo en el Espíritu no está en armonía con la Escritura. No enseña la Biblia que los creyentes necesiten esperar un "bautismo en el Espíritu" para disfrutar de la plenitud del Espíritu Santo, y, por el contrario, tal doctrina puede resultar muy engañosa. ¿Es para su bien, o es para su mal el decirle a un creyente que requiere una experiencia posterior a la conversión si quiera disfrutar plenamente la presencia del Espíritu cuando, en realidad, el Espíritu Santo ya mora en él? Esa doctrina, ¿no puede poner en manos del creyente una cómoda excusa para posponer su plena entrega al Espíritu durante mucho tiempo? Si es cierto que el Espíritu Santo mora ya en nosotros, en toda persona regenerada (ver Romanos 8:9), entonces no tenemos que esperar a que el Espíritu descienda sobre nosotros en esa clase de experiencia postconversión, sino que la situación es muy otra: el Espíritu Santo está esperando a que nosotros nos rindamos más plenamente a El.

¿Cuál es la doctrina apostólica sobre el bautismo en el Espíritu? Cuando Pablo escribe en 1.a Corintios 12:13: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo", aplica la expresión "bautismo del Espíritu" al soberano acto de Dios por el cual nos hace uno con Cristo. Por tanto, en estas palabras, en las que Pablo identifica el bautismo en el Espíritu con la regeneración, el apóstol nos dice a los corintios y a nosotros: Si sois verdaderos creyentes, no necesitáis buscar el bautismo en el Espíritu, sino que en realidad ya habéis sido bautizados en el Espíritu.

El hecho de que todos los creyentes hayan sido bautizados en el Espíritu no significa, sin embargo, que todos los cristianos estén siempre plenamente entregados al Espíritu, ni que estén siempre andando en el Espíritu. Los creyentes, que tienen en sí el Espíritu Santo, pueden contristarle (Efesios 4:30), o apagarlo (1.a Tesalonicenses 5:19). Dicho de otra forma, el Nuevo Testamento enseña que todos los creyentes tienen el Espíritu Santo morando en ellos, pero que no todos los creyentes continúan llenándose de El.

Repasemos algunos pasajes que confirman lo dicho. En Romanos 8:9 Pablo dice que son creyentes aquellos en quienes mora el Espíritu de Dios; sin embargo, en el mismo pasaje dice a sus lectores que por el Espíritu tienen que hacer morir las obras de la carne (v. 13), y que tienen que ser guiados por el Espíritu (v. 14). Aunque en la Corintios 12:13 el mismo apóstol afirma que todos los creyentes de Corinto han sido bautizados en el Espíritu, en 3:1 y 3 llama a estos mismos creyentes de Corinto cristianos camales, no espirituales, porque encuentra entre ellos celos, contiendas y disensiones. El mismo escritor, en su carta a los Gálatas hace bien patente que los creyentes de Galacia habían recibido el Espíritu Santo por la fe (3:2 y 14); que por el Espíritu habían llegado a reconocerse como hijos de Dios (4:6), y que su vida espiritual la habían recibido por el Espíritu (5:25). A pesar de todo ello, en este último versículo les dice textualmente: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu", de donde claramente se deduce que es posible que una persona viva por el Espíritu, pero no ande plenamente por el Espíritu. En su Epístola a los Efesios, Pablo dice en primer lugar que todos los creyentes han sido sellados con el Espíritu Santo (1:13 con 4:30), pero si seguimos leyendo la misma carta vemos que incita a todos los creyentes sellados con el Espíritu a que sean llenos —y esto implica continuamente llenos del Espíritu (5:18).

Nuestra propia experiencia nos confirma que el cristiano, aunque recibe el Espíritu Santo en el momento de la conversión, no permanece necesariamente lleno de El. El creyente puede (y suele) apartarse de Dios, contristar al Espíritu que mora en él, tornarse orgulloso, camorrista, despectivo para los demás, egocéntrico. En tales casos necesita recuperar la plenitud del Espíritu que recibió al convertirse. A muchos de nosotros puede aplicarse el dicho de que, aunque tenemos todo el Espíritu, el Espíritu no nos tiene totalmente a nosotros. Concluimos, pues, que lo que el creyente necesita no es buscar un "bautismo en el Espíritu" después de la conversión, sino llenarse más y más del Espíritu Santo.

Hemos dicho y repetido la expresión "llenarse del Espíritu". ¿Es bíblica? ¿Qué nos enseña la Escritura sobre esta cuestión de llenarse, o ser llenos del Espíritu Santo? La expresión "ser llenos del Espíritu Santo" ocurre en el Nuevo Testamento en tres formas distintas: 1) Algunas veces representa una experiencia momentánea que capacita al receptor para alguna tarea especial que tenga que cumplir. En estos casos el verbo llenar se usa en el tiempo aoristo en el texto griego, tiempo que significa acción instantánea. Consultemos en la Escritura algunos ejemplos de este uso. En Hechos 4:8 dice: "Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: ...", y sigue a continuación el discurso de Pedro ante el Sanedrín, después de haber curado al cojo. Claramente se observa que Pedro fue aquí lleno del Espíritu para proveerle del poder especial necesario para capacitarle a hablar con denuedo acerca de Cristo, en cuyo nombre el cojo había sido sanado. Un poco más adelante, en el mismo capítulo, informa Lucas que Pedro y Juan retornaron "a los suyos", oraron todos juntos y "cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios" (4:31). Este acto también apunta a una plenitud momentánea del Espíritu para que continuasen hablando la palabra de Dios con osadía, a despecho de las amenazas del Sanedrín. Es de sumo interés notar que, al menos para algunos de los presentes, esta vez era la segunda que eran llenados del

Espíritu, puesto que los 120 discípulos que estaban juntos el día de Pentecostés (Hechos 1:15) fueron llenos aquel día (2:4), donde el verbo en griego está también en el tiempo aoristo). A la luz de estos pasajes, el ser lleno del Espíritu o con el Espíritu, no es cosa que ocurra una sola vez en la vida del creyente, sino que puede repetirse y en efecto se repite. Debemos consultar otro pasaje de esta misma clase. Hechos 13:9: "Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos» dijo...", y sigue la reprensión a Elimas, el mago, tras la cual el mago fue herido de ceguera. Indudablemente, aquí se trata igualmente de una plenitud momentánea del Espíritu que capacitó a Pablo para lo que hizo.

2) Algunas veces encontramos la expresión, con adjetivo en lugar de verbo, "lleno o llenado" del Espíritu, para describirnos a ciertas personas, como algo que forma parte de su carácter o modo de ser. Por ejemplo, cuando Jesús volvió del Jordán (Lucas 4:1) se dice de Él: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, volví..." En Hechos 6:3, en relación con el nombramiento de los siete, los discípulos escogieron de entre ellos "siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría". De Esteban, uno de estos siete, se dice especialmente que era "varón lleno de fe y del Espíritu Santo" (Hechos 6:5 y 7:55). Y de Bernabé se dice en Hechos 11:24 que "era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe". En los pasajes leídos, pues, el ser lleno del Espíritu no es un acontecimiento momentáneo que aporta el poder necesario para una determinada acción, sino una característica permanente en la vida de ciertas personas.

3) Hay dos casos en el Nuevo Testamento en los que el verbo utilizado para "llenar" es otro distinto del usado en los demás casos que hemos visto, y donde los tiempos de los verbos indican una acción continuada y no un llenado momentáneo. El primero de estos casos se encuentra en Hechos 13:52. Después de referirnos la expulsión de Pablo y Bernabé de los términos de Antioquía de Pisídia, Lucas comenta, seguramente con referencia a los discípulos que habían quedado ya en Antioquía: "Y los discípulos que estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo". El tiempo usado en griego es el imperfecto, lo que implica que estos discípulos eran continuamente llenados con el Espíritu. El otro pasaje es el único en que se halla en las epístolas la expresión "ser llenos del Espíritu". Veamos lo que dice Efesios 5:18:

"No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien, sed llenos del Espíritu". El tiempo del verbo en este caso es el presente, con el significado continuar siendo llenados del Espíritu.

Recopilando lo que aprendemos en estos pasajes podemos afirmar que la enseñanza del Nuevo Testamento en cuanto a ser llenos del o con el Espíritu Santo implica experiencia de tres tipos distintos:

1) Todo creyente puede solicitar de su Padre celestial ser momentáneamente lleno del poder del Espíritu Santo para llevar a efecto una tarea determinada. 2) Nuestra meta en la vida debe ser conducirnos de tal forma que aquellos que nos observen, cuando quieran describirnos digan que somos hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo. 3) Todos debemos ser llenos del Espíritu Santo de forma continua y creciente.

Puesto que Efesios 5:18 es una enseñanza apostólica que tiene carácter normativo para los creyentes de hoy, demos otra ojeada a este pasaje acompañado de su contexto:

"No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro V Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios."

Observemos en primer lugar que de acuerdo con estos versículos la evidencia de que la persona está llena del Espíritu Santo no es ningún don maravilloso o milagroso como el hablar lenguas extrañas, sino que más bien consiste en lo siguiente: 1) hablarse unos a otros con salmos y cánticos espirituales, lo que muy probablemente es una referencia a la forma de adoración en la iglesia primitiva y a la edificación mutua resultante de la adoración en común; 2) cantar y alabar al Señor con el corazón; 3) dar gracias a Dios siempre y por todo; y 4) sujetarse los unos a los otros en el temor de Dios.

John R. W. Stott, en su edificante libro titulado *The Baptism and fullness of the Holy Spirit —El Bautismo y la plenitud del Espíritu Santo—*, sintetiza así la enseñanza del pasaje copiado:

"Los saludables resultados de la plenitud del Espíritu quedan aquí al descubierto. Las dos esferas principales en que se manifiesta esta plenitud. son la adoración y la comunión fraternal.

Si somos llenos del Espíritu alabaremos a Cristo y le daremos las gracias a nuestro Padre, nos edificaremos mutuamente y nos someteremos los unos a los otros. El Espíritu Santo nos pone en la debida relación tanto con Dios como con el hombre. En estas cualidades y actividades espirituales es en las que debemos buscar la evidencia de la plenitud del Espíritu Santo, no en fenómenos sobrenaturales" (pág. 30).

Al volver al comienzo del pasaje nos llama poderosamente la atención la extraña prohibición del v. 18: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución", o disipación. Aquí encontramos una serie de contrastes, como el no embriagarse con vino en oposición a llenarse (podíamos pensar embriagarse) con el Espíritu Santo, que nos presenta un cuadro de disipación en contraste con otro de utilidad y servicios a Dios y al hombre. Esta expresión nos sugiere los bajos placeres de la intoxicación en contraste con el altísimo gozo provisto por la plenitud del Espíritu Santo; sugiere también la locura de la evasión; el escapismo, la vana pretensión de librarse de los problemas dándose a la bebida (y si Pablo escribiese hoy hubiera dicho lo mismo sobre las drogas), en contraste con la sabiduría de enfrentarse honradamente con los problemas y solucionarlos en el poder del Espíritu.

La positiva indicación del v. 18 dice: "antes bien sed llenos del Espíritu". Debemos observar tres cosas acerca de este mandato (según comenta el Sr. Stott en el libro arriba citado, páginas 30-31): 1) el verbo

"ser llenos" está en plural, como si Pablo hubiese escrito: "Todos debéis ser llenos con el Espíritu". La plenitud del Espíritu Santo no es privilegio exclusivo de unos cuantos; todo creyente debe ser lleno de El. 2) El verbo traducido "sed llenos" está en griego en el tiempo presente. Como el presente en griego denota una acción continuada, estas palabras pudieran muy bien y con propiedad traducirse así: "seguid siendo llenados con el Espíritu", o "sed continuamente llenados con el Espíritu". "El presente de imperativo 'sed llenos con el Espíritu' no indica una experiencia dramática y decisiva que termine de una vez para siempre el asunto sino que denota una apropiación continuada" (Stott, p. 31).

Notemos que en 1:13 y 4:30 de esta epístola se dice de los creyentes a quienes Pablo escribe que han sido ya sellados con el Espíritu. En ambos casos, el verbo griego traducido por sellar se encuentra en el tiempo aoristo que, como hemos repetido, indica una acción momentánea, instantánea. De la comparación de estos dos versículos (1:13 y 4:30) con 5:18 sacamos en consecuencia que, aunque todo creyente ha sido sellado con el Espíritu, no todos permanecen llenos de El. Los creyentes, a pesar de ser sellados con el Espíritu (y podríamos añadir, bautizados con el Espíritu) tienen que ser exhortados para que sean continuamente llenados con el Espíritu.

El presente de imperativo nos enseña que no podemos decir que hemos recibido la plenitud del Espíritu de una vez para siempre. El ser continuamente llenos del o con el Espíritu es, en realidad, el reto de toda la vida, día por día. Nada hará que el creyente continúe siendo llenado del Espíritu Santo día por día sino la oración continua, la vigilancia inquebrantable, y la disciplina espiritual ininterrumpida. El ser llenado con el Espíritu, en otras palabras, no es como obtener un título de médico o abogado, doctorarse, que se hace sólo una vez. Es más bien como, después de doctorado, continuar informándose de todo lo pertinente a la carrera de que trate. No es como nacer, sino como respirar.

3) En la expresión que venimos considerando, el verbo "sed llenos" se encuentra en la voz pasiva, que vale tanto como decir: "permitid al Espíritu Santo que os llene". ¿Cómo puede esto realizarse? Puesto que el Espíritu Santo es una Persona, la única forma en que podemos llenarnos de El es entregándonos a El plenamente. quitando los obstáculos que existan en nosotros para esa completa entrega; escuchando la voz del Espíritu y siguiéndole por donde nos guíe.

Otros pasajes del Nuevo Testamento nos ilustran sobre la forma de pleno rendimiento al Espíritu Santo. Algunos lo hacen por su cara negativa, por ejemplo, Efesios 4:30, donde Pablo nos dice que no contristemos al Espíritu con el que fuimos sellados para el día de la redención. Este pasaje nos hace ver claramente que el Espíritu Santo no es un soplo, o una influencia, sino una Persona. Se entristece cuando nosotros, que le pertenecemos y llevamos su sello, no le seguimos, cuando nos ocupamos más de los valores materiales que del crecimiento espiritual, cuando abandonamos la lectura de la Biblia y la oración, cuando perdemos el amor y cuando nos trae sin cuidado el bienestar del prójimo, haciéndonos farisaicos en nuestro trato con El. Como todo lo que ensalza a Cristo ensalza también al Espíritu, todo lo que no sea una vida Cristoeén-trica contrista al Espíritu.

Otros pasajes, sin embargo, nos muestran la cara positiva de esta cuestión, indicándonos lo que es la vida en la plenitud del Espíritu. En Romanos 8:14, por ejemplo, Pablo nos lo pinta de esta forma: "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios". Según esto, el rendirse al Espíritu significa seguirle como guía. Pero no es posible comprender el verdadero significado de seguir la guía del Espíritu a menos que se tengan en cuenta los dos versículos anteriores, y muy especialmente la segunda parte del v. 13: "Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis". Pablo quiere decir aquí que el ser guiado por el Espíritu no es solamente procurar discernir la voluntad del Espíritu en cuanto a las decisiones que hayamos de tomar (aunque esto está incluido también), sino que se trata principalmente de hacer morir "las bajas pasiones del cuerpo" con el poder del Espíritu.

En el mismo capítulo, v. 4, Pablo describe así a quienes llevan una vida de plenitud del Espíritu: "no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu". Aquí el apóstol compara dos estilos opuestos de vida, el de la carne y el del Espíritu. El estilo de vida de la carne se opone a la voluntad de Dios, es egoísta y egocéntrico. El estilo de vida del Espíritu es teocéntrico y altruista, está orientado hacia el servicio a los demás en el nombre de Cristo. El rendirse al Espíritu, a la luz de este pasaje, significa seguir caminando (verbo en presente) de acuerdo con el Espíritu, siendo ejemplo del estilo de vida espiritual, viviendo primordialmente por Cristo y por el prójimo en lugar de por uno mismo.

También en Calatas 5:25 encontramos la palabra andar relacionada con el Espíritu: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu". La palabra griega que en este pasaje se traduce por andar no es la misma que la de Romanos 8:4. Esta significa "marchar alineados", y se usa algunas veces para describir el andar siguiendo los pasos de otro, como en Romanos 4:12. El tiempo del verbo indica una acción continuada: por el Espíritu continuemos caminando, o mantengámonos en marcha. El caminar por el Espíritu no es, naturalmente, cuestión de un momento, o de hacerlo de vez en cuando, sino una forma continua de vivir. No podemos dividir la vida, como algunos intentan, en una parte sagrada y otra secular: la vida es sagrada toda ella.

A pesar de lo dicho, alguna pudiera preguntar: ¿Qué significa andar por el Espíritu? Yo contestaría que significa dos cosas: vivir bajo la guía del Espíritu, y vivir en el poder del Espíritu. Vivir bajo la guía del Espíritu es tanto como buscar las decisiones del Espíritu, preguntarle qué quiere que hagamos y dónde quiere que vayamos. Ello implica el estudio diario de las Sagradas Escrituras, puesto que el Espíritu no guía aparte de las Escrituras. Cuanto mejor conozcamos la Biblia, tanto mejor sabremos andar por el Espíritu. En el aspecto negativo, caminar por el Espíritu implica reducir al silencio el clamor de la carne, quebrar la energía de la urgencia carnal, refrenar todos los impulsos hasta que hayan sido probados y

aceptados como procedentes de Dios. En el aspecto positivo, caminar por el Espíritu significa ser guiado por El, escucharle cuando se revela por medio de la Palabra, y entregarse, rendirse a El continuamente. Vivir por el poder del Espíritu significa depender de El en cuanto al poder espiritual que necesitamos. Significa estar convencidos de que el Espíritu puede darnos el poder adecuado para cada una de nuestras necesidades, rogar por ese poder en oración siempre que lo necesitemos, y utilizar ese poder por la fe al enfrentamos con nuestros problemas de cada día. La única forma en que podemos andar en el Espíritu es mantenemos continuamente en contacto con El. La diferencia entre un receptor de radio a pilas y uno enchufable a la red es que este último, para funcionar, tiene que hallarse conectado a la red eléctrica. El poder que Dios nos da no es por el sistema independiente de pilas, sino por el de red: necesitamos estar constantemente conectado a la red, fuente de nuestra energía.

Gálatas 5:16 es de sumo interés: "Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne", así reza la versión de Casiodoro de Reina, Rev. 1960. Pero la Hispanoamericana se atiene más ceñidamente al original en este punto, y dice:

"Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis el deseo de la carne". Efectivamente, la segunda parte de este versículo no es otro mandamiento, sino una promesa. Dios sabe lo fácil que es, incluso para los creyentes, deslizarse hacia las formas camales de pensar y vivir. Pero aquí tenemos la preciosa promesa: andad en el Espíritu y no satisfaceréis el deseo de la carne, porque el deseo de la carne y el del Espíritu son opuestos (ver v. 17) como el agua y el fuego. Es imposible luchar contra el pecado con nuestro simple deseo de oponernos a él: sin el poder del Espíritu no podremos vencerle. Pero el pecado no tiene que vencemos, sino que nosotros venceremos con el bien al mal.

Así pues, Gálatas 5:16 y 25 nos enseñan que ser llenos con el Espíritu es mucho más que una experiencia momentánea que uno pueda tener tal o cual día. Se trata, más bien, de un continuo caminar con Dios, dependiendo en todo momento de la guía del Espíritu y de su poder.

Permítasenos volver sobre un punto más. En el capítulo anterior vimos que la figura de llevar fruto que hallamos en Gálatas 5 implica la posibilidad de crecimiento. Otro tanto puede decirse acerca de la cuestión que ahora nos ocupa, la plenitud del Espíritu. Uno puede llenarse —ser lleno— del Espíritu cada vez más a medida que crezca en el conocimiento de la gracia de Dios y del propósito de Dios para su vida. El ya citado autor, Stott usa este acertado ejemplo: Un niño de tres kilos y un hombre de noventa kilos pueden tener, ambos por igual, los pulmones llenos de aire. Sin embargo, los pulmones del hombre contienen mucho más aire por ser su capacidad mucho mayor que la de los del niño. Así el creyente, a medida que crece en el conocimiento de la Palabra, en la comunión con Cristo, y en la comunión con los demás por causa de Cristo, necesita ser llenado más y más del Espíritu Santo por aumentar su capacidad.

No se piense, sin embargo, que el ser lleno del Espíritu Santo capacita al creyente para vivir una vida totalmente exenta de pecado aquí y ahora. En el Padrenuestro el Señor nos enseñó a orar diariamente: "Perdónanos nuestras deudas". Indudablemente, Jesús nunca pensó que su pueblo pudiese vivir ni un solo día sin confesar sus pecados. Juan tampoco tenía dudas sobre el particular: "Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1.a Juan 1:8); pero la promesa viene inmediatamente, en el próximo versículo:

"Si confesamos nuestros pecados El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos toda maldad". Cuando encontremos, pues, que aún nos deslizamos hacia el pecado, incluso cuando estemos tratando de vivir en la plenitud del Espíritu Santo, no nos desanimemos, sino recordemos que Dios está siempre dispuesto a perdonar si le confesamos nuestra falta. Tan pronto como nos demos cuenta de que hemos contristado al Espíritu y le hemos desobedecido, confesémoslo. Como dice William Bright, presidente de la Cruzada Estudiantil por Cristo, podemos pensar que esta forma de actuar es una especie de "respiración del creyente: en cuanto nos damos cuenta de que andamos mal, exhalamos el aire viciado en la confesión, e inhalamos el aire oxigenado de la apropiación. Es decir, pedimos perdón e inmediatamente tomamos por la fe tanto el perdón de nuestro pecado como el poder del Espíritu que nos ayudará en la lucha continua contra el pecado.

El Nuevo Testamento enseña claramente que hemos de entregarle nuestra vida a Dios de forma decisiva y permanente. Esta es la forma en que lo expresa Pablo en Romanos 12:1: "Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto". El verbo presentar está también en el tiempo aoristo, lo que sugiere una presentación de una vez para siempre. Este verbo que usa algunas veces en el sentido de traer el sacrificio al sacerdote del templo, y Pablo, utilizando un símil del Antiguo Testamento en el ritual del sacrificio, pide aquí a sus lectores que ofrezcan a Dios sus cuerpos en sacrificio vivo, es decir, que se presente a Dios íntegramente, en gratitud por sus infinitas misericordias. Esta es una ofrenda que se hace una sola vez, una decisión que determina para siempre la dirección de la vida.

Normalmente, esta entrega ocurre en el momento de la conversión, de lo que dan testimonio gran número de creyentes. Sin embargo, puede y suele ocurrir que una persona que piensa haberse convertido a una edad temprana, descubre que no entregó su vida a Dios en aquella ocasión, y lo hace posteriormente. No podemos decir con propiedad que esto sea una experiencia posterior a la conversión, puesto que la primera no fue una auténtica conversión. Hay, sin embargo, otra posibilidad mucho más frecuente: cristianos verdaderamente convertidos que caen en una laxitud espiritual de forma tal que sienten la necesidad de reafirmar su entrega al Señor y rendirse de nuevo a El. Tales experiencias, sin embargo, no son sino confirmaciones o reafirmaciones de decisiones tomadas con anterioridad. No está

justificado el llamar a tales reafirmaciones "bautismos en el Espíritu" puesto que, como hemos visto, la Escritura enseña que todos los creyentes son bautizados en el Espíritu en el momento de su conversión. Bien puede ser que nuestros hermanos neo-pentecostales llamen "bautismo en el Espíritu" a la conversión verdadera de alguien que antes no hubiera sido más que un cristiano nominal, o a la renovación de la entrega al Señor de alguno que, habiéndose convertido de veras con anterioridad, ha estado contristando al Espíritu durante algún tiempo. En tanto que rechazamos la doctrina neopentecostal del bautismo del Espíritu y el hablar en lenguas, podemos regocijarnos cuando ocurran tales casos y darle gracias a Dios por ellos. Cuando los inconversos entran una viva comunión con Cristo y cuando los creyentes son capacitados para una vida más rica y fructífera que la anterior, no podemos sino darle gracias a Dios. La prueba de esta viva comunión con Cristo, sin embargo, no hay que buscarla en fenómenos de éxtasis ni espectaculares, sino en la creciente presencia del fruto del Espíritu.

Para resumir, digamos que los creyentes no necesitan buscar una experiencia posconversión descrita como "bautismo en el Espíritu", sino que lo que verdaderamente necesitan es ser continuamente llenos del Espíritu que mora en ellos. Entremos, pues, en la plenitud de nuestra herencia como hijos de Dios. Experimentemos toda la riqueza de la unión con Cristo. Considérenos, no como pecadores depravados, sino como nuevas criaturas en Cristo. Echemos mano, por la fe, de los infinitos recursos que en Cristo tenemos. Que el Espíritu Santo nos llene con su plenitud cada día, y que nuestras vidas reflejen su resplandor. Que Dios nos conceda a todos nosotros el conocer cada vez más profundamente el amor de Cristo que sobrepuja todo entendimiento, y ser llenos de la plenitud de Dios.